



Soñando en Lienzos de Piedra



por

Luis Martínez Martínez

presidente de la

Asociación Amigos de la Historia de Calahorra

GRAFICAS ORTEGA - CALAHORRA (RIOJA)
Avda. del Pilar, 1 - Teléfono 13 14 88

ISBN 84 - 300 - 0600 - 1

Dep. Legal LO 129 - 1979

3 Marzo 1979

Soñando en Lienzos de Piedra

*A ti, calahorrano que, a diario,
los ves,
para que aprendas a amarlos
y a ti, calahorrano ausente,
para que recuerdes y sueñes
los rincones calahorranos
que te ofrecemos.*

la

Asociación Amigos de la Historia de Calahorra

3 Marzo 1979

Autor: LUIS MARTINEZ MARTINEZ
Edita: AMIGOS DE LA HISTORIA DE CALAHORRA
Foto Portada: L. M. MATEO
Primera Edición Marzo 1979
Depósito Legal LO 129 - 1979
ISBN 84 - 300 - 0600 - 1



IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN
IMPRIME: GRAFICAS ORTEGA - CALAHORRA (RIOJA)
Avda. del Pilar, 1 - Teléfono 13 14 88

dedicatoria a
Pablo Corres Cascante

¿Cuántas horas, inmensas y suaves,
has dejado bailando en los lienzos?
¿Cuántas veces, tu mano encendida,
al papel ha venido y ha vuelto...?

Sembrador de negruras y blancos
me has dejado cosecha y, labriego
yo, de azules y grises, cantando,
a raudales los voy recogiendo.

Los rincones que dejo plasmados,
a tu pluma sublime los debo
y al conjuro de tu arte fantástico
van pujando y naciendo mis versos.

Al arte de tu pluma me rindo.
De tus trazos recojo los ecos
y engarzados, los dos, y hermanados,
a Calahorra, y a ti, los ofrezco.

Luis

Torre de la Catedral

La torre jamás duerme,
vigila el río,
cobija las palomas
y, hasta el sonido
de las campanas recias
que aun no han tenido
amores con el viento
y, cuando el frío,
alongan frescas voces
que son quejidos,
quejidos a la aurora
de leve armiño,
quejidos a la nube
que, haciendo guiños,
se mira en el arroyo
o pone anillos
a los chopos blancos
y a los altos riscos.

La torre se ancarama
en ciprés de piedra.
Se alancea en azules
y, luego, quiebra
sus sombras desmayadas
entre la hierba
que besa mil cristales
en la ribera.

¡Torre de la Catedral!
Mi vieja torre,
guardas canción de piedras
y son amores
tuyos, con el Arrabal,
los nuevos soles
que pintan tejados rubios
y en los balcones
estrenan, a diario, luces,
entre las flores.

Junto al dormido Cidacos
alzas tu canción de piedra:
al puente prestas tus sombras
y en El Arenal acuestas
retazos de vieja historia
y guijos de historia nueva.

¡Torre de la Catedral!
mi vieja torre morena,
mi vieja torre inclinada,
mi vieja oración de piedra,
¡Sube...! ¡asciende...! ¡puja...! ¡empina...!
escala: azules, quimeras
de colores y de vientos
y da la canción eterna
de tu campana mayor:
tu campana «garbancera».

TORRE DE LA CATEDRAL
mi eterna canción de piedra.

Garabato de estrecheces,

Cuesta de la Catedral

El sol juega a la rueda
en el suelo empedrado
y, en la lira de rejas
de balcones y sótanos,
un piano de piedras
salmodia, musitando,
letrillas de blancuras
al muro enjalbegado.

Cuesta de la Catedral,
zeta metafísica,
trampolín de soles viejos,
revuelo de cornisas
aladas, en garabato
de estrecheces marchitas.

Atrás, en ciprés de piedra,
la catedral vigila.

En la meta, San Francisco
alza sus paredes lilas
en chillidos de bencejos
y en ventanas amarillas.

Descansa, caminante.
Sosiega el ánimo
en la plaza chiquita
donde, a caballo
de piedra y bronce,
Quijote y Sancho
miran el cielo azul
sin señales de tráfico.

Se pone el sol de puntillas
la mañana de los Santos.

Emeterio y Celedonio
se van a vestir de largo
para ascender por la cuesta
entre jóvenes monagos,
chiquillada fervorosa
y curas acartonados.

En la cuesta se conjuran,
en viejo rito metálico,
las campanas, hechas voces,
de San Andrés y Santiago.

Suben los curas y monjas
y el obispo, bajo palio
y los mozos de «la quinta»
sudan portando a los Santos.

—¡Que los Santos se lo aumenten!—
gritan el Jaime y Gerardo
y, en la cuesta, viejos soles,
entre ladrillos jugando
se empinan a los aleros
y suben a los tejados.

La Catedral se remira
en su cuesta, y un abrazo
le envía cada mañana
con un lucero gitano.

¡Cuesta de la Catedral,
novia del viejo Cidacos!

Cuesta del Rufo

A Juan José Ochoa García

La tarde ha dejado vagar sus corderos de sol
hasta la noche
y, en la simetría graciosa de la cuesta,
las luces niñas,
se han puesto a jugar al escondite
con las sombras de las sombras.

Las sombrezuelas —miedosas—
han apoyado sus dedos grises
en la pared panzuda y desconchada
y se han cobijado en el alero
rasgando el rojo de los ladrillos
ancianos y ocres.

Y los corderos se han empinado
por el calvario de soles.

El tiempo ha acostado sus horas
y mil jayes! de piedra
se clavan en el pecho de la tierra.

La luz joven
clavetea blancos
junto al carbón de la puerta abierta
y las ventanas viejas.

El cielo ha hundido su blancura y su azul,
amalgamados,
y se ha puesto a cantar.

La música del silencio tiene aquí su pentagrama
con salmodia de monje blanco.

Las casas, henchidas de siesta,
rumian su vejez de barro
y maderámen.

Ni aun la cigüeña quiere romper la meditación
del azul.

Sólo la veleta apunta, alanceando, verticales
y el cielo, inventor de distancias,
se ha escondido tras la torre.

Martillea el sol silencios
y no se oyen las esquilas de viento
que pasta en la altura.
La Cuesta del Rufo es brasa
con el sol
y carbón en la noche.

Con el sol se viste de blancura eucarística
y escarlatas,
con la noche
reza plegarias hondas
de negro marfil.

Cuesta del Rufo, no me devuelvas
los corderos de sol.

Guárdalos
en tu aprisco de piedras que pastan soles
en la tarde
y lunas
en la noche.

Casa vieja, solariega,

La Casa de Las Medranas

Vieja verja,
viejos clavos,
portón viejo.
castellano.

Viejo escudo,
muro viejo,
viejo casón
calahorrano.

Casa vieja, solariega,
la Casa de «Las Medranas».

Vieja hoy
nido de sombras
y, antaño
palacio nuevo
de hidalgos.

Solitario, pero erguido,
paria callejero,
martillea historia
un blasón
en un yunque carcomido
de piedras ancianas
y caducos hierros
de balcón.

Ave, gratia plena
del blasón Medrano
reza la leyenda.

El sol se hace agujas
en las piedras viejas
y en los toscos hierros
y en la solanera.

La casa de Los Medrano
hoy se nos muere de vieja.

El pueblo la ha bautizado:
«La Casa de Las Medranas».

El femenino le ha dado
más solera y menos casta.

Relinchos de corceles
en viejo patio de armas,
caballeros airosos,
engalanadas damas
le daban vida ayer
en saraos y danzas.

Hoy, la soledad habita
la Casa de Las Medranas

Sólo el sol se despierta, hoy,
jugando, con mil arañas,
al corro de soledades
en casa de Las Medranas.

Portalillos de San Andrés

Portalillos de San Andrés,
cuenta la vieja, del uno al tres.

Yo cuento cuatro.
Y esto no es
lo que pretendo
con este pie,
de cancioncilla
de mi niñez.

Salía airoso
del portalón
jugando al «marro»
con Melitón.
Y al «correcales»
con el Ventura
y a las canicas
con el Segura.
A «la pajilla»
con el Marcilla,
al tres en raya
con Barandallas.
Con el Pitique
jugaba al hínque
y al «tres navíos»
con el Carcicos.
Si éramos dos,
para ser tres,
jugada «el diós»
Siempre, a las tabas,
privaba el Sabas.
Tirando al «hito»
campeón Carlitos
(Latiesas).

A la pelota
ganaba el Oca
y si era al «chugo»,
el Ameyugo.

Jugando al marro
mandaba el Garro
y si era al cero
el «Cebollero».

De escalatorres,
el rey, «el Teje»,
pintarrajeando
el Pablo Torres.

Mal monaguillo
era «el Minguillo».

Cantando fino,
Luisito López.

Burla, burlando,
dejé los juegos
y hoy me entretengo
con el recuerdo.

Siendo chiquillo
también jugaba en
Los Portalillos.

Hoy juega el sol en la calle
un ajedrez de ladrillos.

Las piedras tienen nostalgias
de los viejos portalillos
en los que jugaba el viento
y la brisa daba bríncos.

Eran albergue de ancianos
y de comadres de estío.

Las golondrinas no vuelven
a dar su agudo chillido
ni a prender sus nidos pardos
en la pared de ladrillo.

CAMPANAS... FLAUTA Y VELEROS

Fuente de los Trece Caños

Trece guirnaldas se prenden
en rosarios de lamentos
cuando se acalla la noche
y en el río silba el viento.

Trece pétalos se escapan
a la verbena del cielo
espoleando cien brisas,
dando a la luna requiebros.

Escarabajos de plata
de esos mis trece agujeros
se me escapan, en la noche,
por el tosco pebetero
de pedruscos añadidos,
carcomidos, macilentos,
relamidos de mil soles
y arañados de mil vientos.

¡Fuente de los Trece Caños...!
¡Mis trece anillos de hierro!
¡Mis trece bodas de agua!
¡Mis trece dulces lamentos!

Trece rosales de plata
que, rasgando el recio seno
de una gleba calahorrana
se alancean hacia el cielo
—tiovivo de capullos—
de infantiles devaneos.

No lleva la moza el cántaro
que restregaba sus pechos
mas la fuente los cimbrea
y en sus aguas les da lecho,
un lecho que anida estrellas
y columpia mil luceros.

No lleva la moza el cántaro
porque el cántaro ya ha muerto.

¡Fuente de los Trece Caños...!
No te subas al alero
de dormidas golondrinas;
dále tu arribada al puerto.

Que en malecón de aguas tibias
cobije trece veleros.

¡Veleros...! Ya tenéis agua.
¡Veleros...! Ya tenéis puerto.

¡Fuente de los Trece Caños...!
Flauta de trece agujeros
que, en sinfonía de cañas
se me estiliza en los dedos
desgranando sinfonías
en contrapunto de espejos.

¡Fuente de los Trece Caños...!
Trece campanas al viento
repicando primaveras...
Que no se amarren al tiempo
que, en compás de mil corcheas
y en pentagrama de agüeros
sonseñen aleluyas
con tintineos eternos.

¡Fuente de los Trece Caños...!!

CAMPANAS... FLAUTA Y VELEROS.

Agosto, 1975

POEMA que obtuvo el Premio «ESTAMPAS CALAHORRANAS» en los VII Juegos Florales de Calahorra, siendo mantenedor de los mismos el poeta Luis Andrade.

Y un crucifijo, el recuerdo

La tarde cierra sus ojos
hundiendo añil en los cerros.
Se desboca, se desmaya
y muere en sudario negro.

Con sandalias de charol,
toreros en ruedo negro,
aplaudidos por estrellas,
hacen el quite luceros.

En un carretón de armifios
el junco teje los negros.

Larga golondrina...
amarra el recuerdo.

Larga golondrina
sin voz y sin ecos
de la noche mustia
amarra el recuerdo,
recuerdo que escapa
con el sol primero
y en la noche, muerta
en azules viejos,
nace entre las ruinas
de un templo pequeño

Larga golondrina...,
amarra el recuerdo.

Eran dos amantes...
dos jóvenes buenos
que, a diario, vivían
el rudo tormento
de saberse amados
con amor eterno,
sin saber el día
sin ver el momento
en que, el uno al otro,
con goce de cielo,
se dieran por cónyuges.

No hila el lucero
su hilo de plata
ni toca en el cerro
la brisa su flauta.

No reza el jilguero,
ni quiebra la caña
el quejido muerto
de un beso de escarcha.

Va rozando el viento
los lomos del agua
y apenas si el grillo
canta entre la mata.

Llegado ha el momento...

Los padres se oponen
al amor sincero
de los casi niños.

Es de noche... Vedlos
que cruzan el río
en abrazo estrecho.

Caminan despacio,
muy lento, muy lento.

Se miran... Se besan...
Se abrazan de nuevo.

Vuelven a besarse
como dos polluelos.

Vuelven a mirarse
y, esta vez, tan quedo,
tan triste, tan suave
que, en el mismo cielo
apagan sus luces
dos viejos luceros.

Toca la campana
del viejo convento.
Huyen los muchachos...
Quizá tienen miedo
de ser atrapados.
Pero no huyen lejos.

A un tiro de piedra
está el Crucifijo.
Allí van los dos.
Y allí estarán luego
clavados con sangre
al polvo del suelo.

No luce la luna...
No quiere que el cielo
descubra el suicidio
de dos jovencitos
que, sin más razón
que su amor aún tierno
se quitan la vida
para acabar luego.

—Mujer... ¿Tú me quieres...?

—Yo... sí, sí... ¡Te quiero!

—¿Me amas...?

— ¡Te amo!

—Yo también te quiero.

Te quise de niño,
te he querido luego,
te he querido siempre
con amor del bueno.
Quiero amarte ahora
y aun después de muerto,
que también el lirio
sigue dando al viento
pedazos de vida
aun estando seco.

La luz de la luna
se quiebra en el hueco
dormido de un risco
para saltar luego
en la hoja torcida
de afilado acero.

Sólo se oye un... ¡Ay...!
un ¡ay! lastimero.

En barca madrugadora,
apuñalada en silencios,
se aleja la novia yerta
bordado en rojo su pecho.
El novio, galán de luna,
arranca a la noche un beso
y, un garabato de luz
va dibujando en el suelo
el trenzado de dos rosas
que se amarran a lo eterno.

Un Cristo será el testigo
y un Crucifijo, el recuerdo.

Ha muerto la rosa
y en su adiós postrero
tiene una mirada
para el novio bueno
que yace a su lado
casi roto el pecho.

Seguían amándose
aun después de muertos.

Larga golondrina...
Amarra el recuerdo.

Agosto, 1977

POEMA que obtuvo el PREMIO ESTAMPAS CALAHORRANAS en los IX Juegos Florales de Calahorra, siendo mantenedor de los mismos el Excmo. Sr. don JOAQUIN CALVO SOTELO.

Arco de las Monjas

A mi madre

Ya vuelve de sus faenas
el borriquillo cansado;
trae azafrán y violetas
y unas alforjas de nardos.

En el Arco de las Monjas
ángeles ocre y blancos
pegatinas, en los muros,
blancas y ocre, han pintado.

Arboles chatos se esconden
tras el muro del vallado
y el sol se acuesta en sus ramas
y en las orejas del asno.

Tras de viejas celosías
veintiún vírgenes cantando
dan el adiós a la tarde
y «vísperas», en sus labios
son dardos veloces, flechas
que ante Dios se van clavando.

Arco de las Monjas,
ballesta de sol;
toma de mi aljaba
azules y pon
en el cielo blando,
en filas de a dos,
estrellas gemelas
que canten al Dios
que las monjas cantan
y, en su derredor,
deja azules viejos
que le den color
a la tarde, muerta
en lienzo de sol.